

La Biblioteca de Babel

Emilio Pascual*

«LA BIBLIOTECA DE BABEL» EN FICCIONES

PRIMERA EDICIÓN: 1944



JORGE LUIS BORGES
(1899-1986)

Maeterlinck, que tenía una *colmena de observación* en su propio gabinete de trabajo, aseguraba que una de esas colmenas podría instalarse, «sin inconveniente ni peligro alguno», en una biblioteca por ejemplo. Más tarde habla de ese instinto hexagonal, inscrito en el espíritu de la abeja, que le permite multiplicar su geométrica arquitectura.

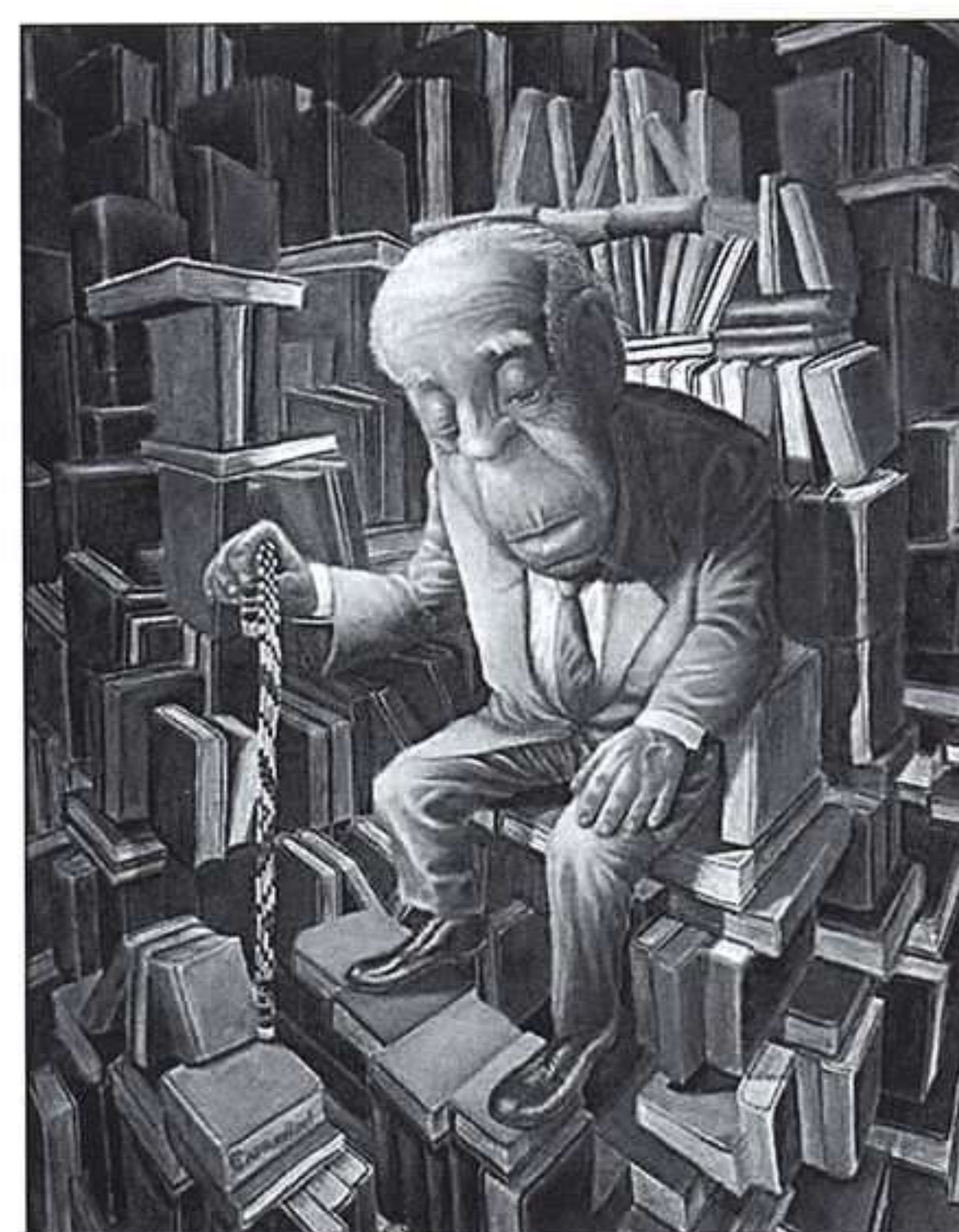
La arquitectura de la Biblioteca de Babel, quizá la biblioteca por antonomasia, obedece al mismo instinto hexagonal. El autor de los pocos datos fiables de que disponemos da una definición inevitablemente funcional, a saber: biblioteca es un «ubicuo y perdurable sistema de galerías hexagonales». El «dictamen clásico» apenas modifica la inesencialidad de semejante definición: «La biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible». Ya se ve: nada más lejos de las definiciones esenciales imaginadas por Porfirio, nada más lejos del género próximo y la diferencia específica. Solo sabemos que la Biblioteca de Babel, que otros llaman universo, «se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales».

Infinitos volúmenes

Nadie puede jactarse de haber conocido al fundador, nadie de haberse remontado a su principio. Y, sin embargo, he ahí la inenarrable paradoja: en algún estante de la biblioteca debe estar el libro que aclare *el origen de la Biblioteca y del tiempo*. Porque, si la Biblioteca existe *ab aeterno*, si en ella se contienen todos los libros, si «basta que un libro sea posible para que exista», hay que concluir que la explicación de la Biblioteca reposa en algún lugar de la misma Biblioteca. Aún habría que extraer una penúltima conclusión: en algún lugar de la Biblioteca debe existir un libro que los contenga todos, «un libro que sea la cifra y el compendio perfecto *de todos los demás*».

Hubo un momento en que tuve la pretensión de conocer el número de libros que contiene, siquiera hubiese de ser expresado en forma de potencia. Sabemos que «a cada uno de los muros de cada hexágono corresponden cinco anaqueles» y que «cada anaquel encierra treinta y dos libros de formato uniforme». La operación sería sencilla aun con resultados ingentes; su dificultad estriba en el

BIBLIOTECAS IMAGINARIAS



desconocimiento del número de hexágonos. La sospecha de infinitud es discutible, dada su localización en el vasto universo, o incluso su confusión con él. Si la cota de Bekenstein establece en $(10^{10})^{123}$ (diez, elevado a diez, elevado a ciento veintitrés) el número de posibilidades, habría que concluir que el número de libros que contiene la Biblioteca no puede exceder la cifra final de un uno seguido de 1.230 ceros.

La Biblioteca de Babel contiene «todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basílides, el comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada libro a todas las lenguas, las interpolaciones de cada libro en todos los

libros, el tratado que Beda pudo escribir (y no escribió) sobre la mitología de los sajones, los libros perdidos de Tácito». Y todo ello se ha conseguido con un número de signos ortográficos limitado: veinticinco.¹

Como la Biblioteca abarca todos los libros, el autor apenas se detiene a especificar. Sabemos al menos de la existencia de tres títulos: *Trueno peinado*, *El calambre de yeso* y *Axaxaxas mlö*.² También, que otro libro muy consultado en su zona, aunque «mero laberinto de letras», dice en su penúltima página: «Oh tiempo tus pirámides». Quizá su indiferencia hacia el libro concreto se deba a que «los libros nada significan en sí». (¿Tal vez por eso había de quemarlos Pepe Carvalho, con implacable método, con una tenacidad no exenta de desasosiego?). En todo caso, esa Biblioteca interminable, donde no hay dos libros idénticos, que contiene todos los libros pasados, presentes y venideros, perdurará aun después de la extinción de la especie humana.

Nuestras vidas son los libros

Basta que un libro sea posible para que esté en la Biblioteca de Babel... El libro de Frank J. Tipler, *La física de la inmortalidad*, posee la triple virtualidad de ser un manual de cosmología moderna, un tratado de teología y una novela de ciencia ficción. En su página 290 leemos que «todas las historias que podrían existir de hecho existen. Solamente no existen a lo largo de nuestra trayectoria de fase», es decir, la propia vida terrenal y su entorno. El libro de Tipler también estará en la Biblioteca. Por esta vez, del *posse* al *esse valet illatio*.

«Toda la humanidad es como un libro», decía uno de los sermones de John Donne que leía con avidez Helene Hanff.³ Lo leía en voz alta, pues «a Donne —decía— hay que leerlo en voz alta: es como una fuga de Bach». «Cuando un hombre muere —proseguía el sermón—, no se arranca un capítulo del libro, sino que se traduce a un lenguaje mejor. Y todos los capítulos deberán ser

traducidos de esa manera. Dios emplea varios traductores: algunos fragmentos son traducidos por el paso de los años; otros, por la enfermedad; otros, por la guerra; otros, por la justicia; pero la mano de Dios volverá a encuadernar las hojas esparcidas por esa gran biblioteca, donde todos los libros estarán abiertos los unos para los otros».)

No es improbable que Franklin también leyera a Donne. En todo caso escribió el siguiente epitafio para su propia tumba:

«Aquí yace el cuerpo de B. Franklin, Impresor. Como las tapas de un libro viejo, su contenido arrancado y despojado de sus títulos y adornos. Mas la obra no se perderá; pues, como creyó, aparecerá de nuevo en una edición nueva y más elegante, corregida y mejorada por el Autor.»

Es evidente que Benjamin Franklin, en tanto que escritor, lector o libro, se halla en la Biblioteca de Babel. Pues no en vano dijo el poeta:

«Nuestras vidas son los libros que dan a la Biblioteca de Babel.»

Como esta biblioteca imaginaria, que es la última. ■

***Emilio Pascual** es escritor y editor.

Notas

1. Es decir, la coma, el punto, el espacio y las veintidós letras del alfabeto. Obsérvese la sorprendente similitud con las palabras preliminares que puso nuestro ya conocido Froilán Escobar al *Vocabulario* de Belarmino: «Max Müller dice que, colocando las veintitrés o veinticuatro letras de los abecedarios en todas las combinaciones posibles, se obtendrían todas las palabras que han sido empleadas en todos los idiomas del mundo y todas las que se hayan de emplear». En la *Anatomía de la melancolía*, allá por 1621, ya Burton intuyó las variaciones de las 23 letras. *Nihil novum*.

2. Ignoro el idioma en que está escrito este último, y así, no puedo asegurar que su primera palabra, merced a alguna rara declinación, encierre una referencia al delta de Axa, que, junto con las tierras bajas de Tsai Jaldún, define la frontera sur de Uqbar. Como todo el mundo sabe, en las islas del delta de Axa «procrean los caballos salvajes».

3. Helene Hanff dejó testimonio de su fervor por Donne en 84, *Charing Cross Road*. Por esos caprichos del azar citó el sermón pero olvidó incluir este fragmento. Lo haría David Jones en *La última carta*, película derivada.

